

herente de quejas y esperanzas, de ilusiones irrealizables y de energías estériles, se desvanece ante la realidad como la aspiración del ignorante en el choque con el imposible: el conocimiento, el plan estudiado, la voluntad bien documentada es lo que guía sin vacilación a la actividad, lo que da valor consciente y firmeza indestructible a los frutos de la acción.

A adquirir ese conocimiento, a despojarse de tradicionales rutinas, a abrir vía progresiva han de dirigirse nuestros esfuerzos, en cuanto lo permita la lucha emprendida contra la usurpación socializada; y objeto tanpreciado y tan necesario se logra con el dominio intelectual de cada uno por sí mismo y con la cooperación de cuantos, intelectualmente emancipados, aspiren a sustraerse a toda dominación, a librarse de toda tiranía y a contribuir con el más elevado sentimiento altruísta al beneficio de la comunidad social para retirar en debida recompensa la utilidad individual necesaria.

La filosofía proletaria, eminentemente positivista, tiene por principio, por ideal y por criterio, la igualdad social, y en eso supera a la generalidad de los sistemas filosóficos originados en el pensamiento de los privilegiados, esencialmente refractarios al concepto puramente igualitario.

Para el obrero libertario todos los hombres somos igualmente impotentes individualmente ante la necesidad que nos asedia; cada uno, para vivir, necesitamos del concurso de todos los que vivieron y de los que viven, y esta igualdad tan generalizada, de la que nadie puede exceptuarse, requiere como regla equitativa, como esencialidad justiciera la reciprocidad entre todos del cumplimiento del deber.

En la pluma con que en el papel trazo estas letras y en el conocimiento que me impulsa a escribir, a poco que profundice el examen, se me representa la historia del pensamiento y del trabajo de la humanidad entera: un encadenamiento ininterrumpido de necesidades, de deseos, de experimentos, de pruebas y de realizaciones han sido

precisos para construir los objetos que uso en este instante y que, teniendo un valor material insignificante, no hay hombre capaz de construirlos por sí mismo, porque son obra del proceso humano que descubre los materiales e inventa los instrumentos indispensables para su construcción.

Un hombre es la representación de todo hombre; un derecho es la representación, la esencia, la base del derecho universal, y por legítima consecuencia toda individualidad en el goce de la satisfacción de sus necesidades morales y materiales tiene como deuda que pagar su parte alícuota de deber para integrar ese conjunto harmónico que garantiza la vida íntegra e intensa de cada uno y de todos contribuyendo a la formación de esa entidad que sólo por la solidaridad que liga a todos sus miembros merece denominarse con un nombre común llamándose Humanidad.

En la vía ascendente hacia la realización del ideal nos hallamos ante un obstáculo que impide todo progreso, y, lo que es peor, que aumenta su poder obstructivo con cada invento, con cada nueva manifestación de la inteligencia. Ese obstáculo es la usurpación propietaria, que con su consiguiente antagonismo de intereses divide la humanidad en pobres y ricos.

Laméntanse generalmente los efectos de tal división desde los puntos de vista señalados por la moral de las religiones, de las escuelas filosóficas, de las sectas y de los partidos; pero la causa, aparte de algunos pensadores aislados escasamente distribuidos por los siglos y por las naciones, sin otra eficacia práctica social que la consistente en determinar inteligencias individuales, sólo el proletariado internacional de nuestros días la reconoce y se propone extirparla.

Verdad es que la educación y la instrucción son necesarias para alcanzar el goce de los derechos; verdad parece que el voto del ciudadano consciente es garantía de la buena gestión de la cosa pública; pero si el propietario de la tierra es dueño de su super-